

ANOTAS

20 páginas

Precio 20 ctvs.



Latorre.

A nuestro Plenipotenciario en
ma lo ha puesto meditando

repórters de "El Telégrafo" se-

HOTEL EUROPA

SABADOS

DINNER CONCERT

Gustavo **ESPINOSA P.**

Lechería **LOS POTREROS**

FERNANDEZ SALVADOR Hnos.

Quito

MANTEQUILLA: "Victoria" especial para mesa,
exportación en bruto.

CREMA: Envases desde un quinto de libra

QUESOS: Especial para mesa.

Leche: absolutamente pura.

Leche descremada: para niños y enfermos

Intersección García Moreno y Bolívar.— Frente al Banco Hipotecario

LOTES
ENTRE
CALLES
de 12 METROS.



PLANO DEL PROYECTO

DE LA
CIUDAD DE LA AMERICA
PROYECTAD POR LOS SEÑORES

C. A. ALVAREZ & Co.

QUITO-ECUADOR
1919

OFICINA DE COMPRA Y VENTA DE BIENES RAICES

de C. A. Alvarez & Co.

Los preciosos lotes de la «Ciudad de la America» no se hallan situados ni en la Magdalena ni en el Barba, quedan en el centro de Quito, a quince minutos de la Plaza de la Independencia y en un terreno espléndido para construcciones. Los precios varían desde **sesenta centavos** hasta **cuatro sucos** el metro cuadrado. Las condiciones de pago son las que el cliente solicita.

Para tomar posesión diríjase a nuestra oficina anexa al almacén de «Enrique Alvaréz Hermanos», para que uno de nuestros empleados se ponga inmediatamente a sus órdenes.

Dirección: Verónica St. - **Teléfono 4.4.2.**

Compre un lote en medio Quito, sin nada de contado.

Programa de Fiestas Patrias

24 de Mayo

Puede que Ud., lector amigo, sea del número de esos seres observadores y prolijos en almacenar en la memoria como en un armario toda suerte de curiosidades y rarezas que pasan casi desapercibidas para el resto de los mortales; pero le diré, por si no lo sabe, que de los que más se distinguen en poseer esta clase de archivos cerebrales son los empleados públicos. Sí, señor, los empleados públicos. En efecto, nadie más estricto en la observancia de las fiestas que señala el Calendario que ellos, nadie que tenga más perfecto conocimiento de fechas gloriosas, aniversarios nacionales y extranjeros, efemérides patrióticas y todos estos días de los que se puede sacar algún partido, como un día de asueto en la Oficina o cosa parecida. Por lo dicho, tengo para mí y aún me atrevería afirmarlo, que el empleado público, aparte de sus buenas costumbres, su proverbial estoicismo y su abnegación para servir al Estado, es un sabio en uno de los ramos más importantes del saber humano. Quiero decir con esto, que él ha llegado a un envidiable y alto grado de perfeccionamiento en la sutil y difícilísima ciencia del Calendario (con perdón del filántropo Sr. Unda, nombrado editor de [calendarios ad-honorem, por S. S. Benedicto XVI).

Decía esto, porque el día de ayer mientras me encontraba en mi Oficina, (porque también yo no soy otra cosa que un modesto empleado) agobiado por el peso del trabajo y más que todo por el peso de un enorme Libro encomendado a mi experta administración, estalló una exclamación tan espontánea, tan sincera y tan llena de entusiasmo que me dejó sorprendido.

¡El sábado es 24! ¡24 de Mayo!

Y como el que lo dijo era quien era, no pude menos de creerle por las razones antes expresadas y porque lo decía señalando un calendario que se hallaba pegado a la pared, y desde ese momento no he hecho otra cosa, lo digo con gran sinceridad, que esperar la llegada del tan deseado y feliz día. . . . que casi sin sentirlo ha llegado ya. ¡Bendito sea!

Pero yo no sé, estos días de fiestas patrias, tan fastidiosos y tan pesados, tan llenos de alboroto, de soldadesca, de música marcial, de discursos, de desfiles, de exhibición de S. E. el Presidente *mudado*, y de otras tontearías, me divierten enormemente, y me dan.

unas ganas incontenibles de reír a carcajadas. Y no es para menos, porque si se pensarán usted a recapacitar en lo que piensan de nosotros los héroes como Sucre y Calderón, condenados a nuestra perpetua gratitud, sacaría en limpio que no les debe hacer ninguna gracia eso de andar en estos días traídos y llevados de aquí para allá, entre la canalla sudorosa que regresa de las fiestas del Egido y se prepara a arremolinarse en la Plaza de Santo Domingo para asistir a la truculenta serie de discursos de obreros y de los q' no lo son, y por fin, a disfrutar de unas dos horas de grato esparcimiento contemplando las vistas y sufriendo el vecino. Tampoco debe agradarles eso de ser nombrados a cada momento con la confianza que gastan nuestros oradores para con los próceres, y aquello de que sin haber dado ningún motivo vayan al pié de sus veras efigies y les disparen un sinnúmero de discursos, poesías y otros improperios, que son para sacar de sus casillas aún a las estatuas de bronce.

Y esto no es todo, porque se van quedando ya en el tintero, las sesiones extraordinarias de las más altas corporaciones del país como la Municipalidad, la Artística e Industrial del Pichincha y el gremio de peluqueros. Además, suelen también en estas clásicas fechas, representarse comedias y actos públicos en las escuelas fiscales y municipales, darse conferencias pedagógicas a los niños, al aire libre y en el mismo sitio donde dicen se dió la batalla de Pichincha; presentarse revistas de gimnasia y otras habilidades en el Normal de Varones y en el de señoritas, y embanderarse y engalanarse los edificios y los hombres públicos y hasta los particulares.

Para dar digno remate a estos festejos se organiza también un Concierto por el Conservatorio Nacional de Música en nuestro *Coliseo principal* q' suele resultar muy lucido y muy bonito aunque la mayoría de los concurrentes se dirige, al salir, a la próxima farmacia a comprar aspirina para irse acostar inmediatamente después de tomarla en una taza de café. Pero puede que en este año salga mejor que en otros este último número del programa, porque se anuncia también la representación de «El Alcalde de Stilmonte» del gran Maeterlink, y por los alumnos del «Curso de Declamación», y dejemos para otra crónica el comentario.

Alonso Quijano.



o cavilaciones de un espíritu en viaje

Una lluviosa noche del último mes de Febrero, a las dos o tres de la madrugada, y sin que nadie se diera cuenta del triste acontecimiento, murió el notable abogado Dr. Juan Tapia.

Exhalaba el penúltimo suspiro, cuando ya su espíritu, desprendiéndose del estrafalario estuche que lo había albergado durante cincuenta y cinco años de vida, resolvió sin más demora encaminarse al Cielo, en donde creía tener un asiento especialísimo por sus costumbres castas y su decidido apego a los asuntos eclesiásticos.

Había desempeñado en su pueblo el cargo de Albacea, que es algo menos que ser Cura, pero más que ser Boticario, y se había distinguido siempre por su odio profundo a todos los liberales y sus reformas, odio ciego a todas las innovaciones y descubrimientos que tenían algún sabor pagano. Había sido, pues, verdadero tipo de conservador antiguo, intransigente, mal genio, cerebro cerrado, modelo siglo XVI y sobre todo, muy desaseado; por ejemplo: era hombre que no se bañaba nunca, por ser aquello muy ocasionado a pecar mortalmente; y porque creía que todo lo moderno, inclusive el aseo, son reñidos con las ideas fundamentales del Partido.

Y aunque en su vida no había leído más que el Año Cristiano, el Manual del perfecto devoto, «La Colección de oraciones escogidas» y otras obras del más ascenderado catolicismo, y siempre con la aprobación del señor Cura, el Dr. Tapia escribía y publicaba, de vez en cuando, furiosos artículos sobre Religión, Política y Literatura, en «El Mantillo», periódico que se pu-

blicaba en el pueblo los lunes por la tarde, y que aceptaba encantado las producciones de nuestro Doctor.

Pero no se trata de saber ahora qué hizo en su vida, (—claro que no hizo casi nada más que rezar y cometer tonterías—) sino de lo que vio, oyó y sintió al entrar en las claridades de la otra vida; cuando era ya sólo espíritu, pues el salado cuerpecillo quedaba abandonado en la casa, y era ya una cosita inservible, con las patas estiradas y sin ánima para nada.

Quedamos, pues, en que su alma, su alma de Albacea, apurada por llegar lo más pronto al Empíreo y comenzar a gozar, se desprendió del ridículo estuche y sintiéndose libre, comenzó a subir.

Según los cálculos más exactos, la subida al Cielo dura una hora y veinte minutos. Tuvo pues, el Dr. Tapia, (es decir su alma), tiempo suficiente para pensar muchas cosas sobre su nueva situación.

Yo me voy ya al Cielo, pensaba. La entrada la tengo más que segura; y si alguna dificultad se presenta, buenas palancas tengo por allí. Pero no creo que me puedan objetar nada, porque francamente yo he sido un modelo de hombres, allá abajo; me he divertido lo menos posible; yo he sido un gran católico y un energético conservador: ahí sobre todo como conservador, creo que nadie me ha puesto el pie adelante. Basta decir que yo me atreví a lo que ninguno de mis correligionarios, ni los que se dan de más intransigentes, se ha atrevido hasta ahora. Yo publiqué en el periódico de mi pueblo un artículo feroz contra Byron, Shakespeare y otros que los liberales llaman genios, y les dije que los tales genios no servían sino para corromper a la ju-



ventud, que eran unos inmorales apartados de nuestra Santa Iglesia, que fuera de ésta no hay belleza, y, en fin, que nadie debía leerlos. Claro que yo no los he leído, no faltaba más; pero he visto estas opiniones en el Compendio de Historia de la Literatura, del Canónigo Junneman, obra que leí con permiso del señor Cura. Sí, señor, pues a los tales genios — los arruiné! los acabé! estoy completamente seguro.

Ahora bien, pensemos en lo que voy a hacer: soy actualmente espíritu puro, más aún, soy un bienaventurado que marcha al cielo. Pero, que raro ha sido esto de sentirse espíritu. Estoy cierto de que para los que se quedan en la tierra, para los que todavía viven vida terrenal de cuerpo y alma, yo soy invisible, intangible, inodoro, incoloro e insípido; podría pasar junto a ellos sin ser visto, ni sentido; pero yo si les vería y les oíría, y podría hacerles cualquier jugada..... ¡qué gracioso es todo esto! Ahora, yo.... yo me sigo viendo, me sigo oyendo y palpando a mi manera, es decir de manera espiritual. ¡Si estoy pensando y soliloquiando lo mismo que antes! y si hablo, claro que oíré mis palabras. A ver: «Ah..... Ah..... Oh..... Oh.....!»

Y el Dr. Tapia ensayaba una especie de ligero rebuzno, y efectivamente se oía a sí mismo!

Lo que sí me disgusta, continuaba diciendo para sus adentros, es contemplarme, es verme con la misma triste figura que usaba yo allá abajo, en la tierra. Luego, acá, entre espíritus, nos veremos, nos oiremos y palparemos en la misma forma, bajo el mismo aspecto que antes hemos tenido en el mundo, en cuerpo y alma. Yo estoy ya de espíritu, pero me parece que conservo la misma figura, seguramente para que así me vean y me conozcan los otros espíritus.

Pero, hablando francamente, no me hace ni pizca de gracia el presentarme en el Cielo en esta fachita miserable, con estas piernas flacas, los pies llenos de callos, y sobre todo, sobre todo, mi cara; qué bigotillos más ridículos! ¡Dios mío! Porque, sin necesidad de espejo ni cosa que lo valga, me estoy viendo perfectamente; esto debe ser naturalmente privilegio de nosotros, los espíritus... Y además, estoy perfectamente desnudo, horriblemente desnudo. En fin, jamás me he encontrado tan detestable.

Me consuela, eso sí, el pensar que todos los bienaventurados nos vamos a encontrar en las mismas condiciones. Si yo estoy completamente desnudo, los otros también lo estarán; pero a pesar de que estoy convencido de ello y de que quiero despreocuparme, creo que me va a dar una vergüenza espantosa en los primeros días; y lo que me hace temblar, más que nada, es el momento en que me presenten a las once mil vírgenes.....! Jesús!..... Jesús!..... No quiero ni pensarlo.

Y el Dr. Tapia, quiero decir, su alma, cubriéndose espiritualmente el rostro con las manos espirituales, se estremecía al imaginar que le rodeaban ya once mil señoritas, mirándole todas llenas de curiosidad, como si se tratara de un bicho rarísimo.

Perdido como estoy en un cúmulo de confusiones, me parece lo mejor averiguar algo antes de entrar al Empíreo. Estoy seguro de que en la puerta ha de haber alguna persona; y aunque no sea en la puerta, yo le hago mis preguntas y

consultas al primero que asome, antes de pasar adentro.

Porque ésta es indudablemente la ocasión de enterarme de muchas cosas, que siempre me han inspirado viva curiosidad. Y no sólo cosas relativas al Cielo, sino muchas cosas de la tierra. Porque yo no he sido de los que aceptan tantas mentiras, tantos descubrimientos que son creídos actualmente de buena fe por muchas personas, y hasta por conservadores. A mí no me han sacado de mis creencias, y sólo ahora creo que voy a enterarme verdaderamente de tantas cosas que deseo saber.

Cómo será el Cielo? Cómo se pasará la vida allí? Cómo será eso de los astros, y sus movimientos? Qué hará el Padre Eterno? Al tengo más curiosidad de conocerle. Ahora, dicho sea de paso, yo no he estado jamás convencido de las leyes y principios que ahora enseñan. Siempre me ha parecido sospechoso; y luego quién o quiénes han descubierto tantas cosas?... El sol al medio.... la tierra dando vueltas... la luna también.... Quién me responde de la verdad de esos movimientos? Pero aparte de todas estas curiosidades tengo también tantas y tantas otras..... Debe ser una satisfacción muy grande el penetrar en la ciencia de todas las cosas, y saber todo, todo.

Qué ganas tengo de que se asome alguna persona para enterarme de muchas cosas antes de entrar; sobre todo para ver si están completamente desnudos, como me encuentro yo. Por que estando todos así, y conservando el mismo aspecto que antes se ha tenido en la tierra, creo que se me irá quitando la vergüenza y comenzaré a hacerme de confianza. Caramba, que asome, que asome alguien.... porque o mucho me equivoco, o esa gran puerta es la entrada.... Siento una emoción terrible; ya estoy otra vez muerto de susto.

Y el Dr. Tapia miraba anhelante por la puerta que estaba algo entreabierta, alcanzando a divisar una avenida muy larga y hermosa, y al fin de la avenida, un grupo de edificios diversos.

¡Oh casualidad! Al llegar junto a la puerta el Dr. Tapia, salían por ella dos jóvenes bienaventurados, altos, robustos y bien conformados, de la especie de santos matones. Venían conversando en voz alta, pero apenas distinguieron la desdichada figurita que quería colarse, dijéronse rápidamente bajando la voz:—Vamos a tomarle el pelo a ese tipo....—Ya está; llevémosle nuevamente hacia abajo, contándole disparates.

Al Dr. Juanito le dió un vuelco el corazón.... (es decir el corazoncito espiritual) y, poniendo la cara más sonriente y almidarada que darse puede, cubriéndose pudorosamente con ambas manos, dijo tímidamente:—“Buenos días....”

—Oh, cuánto gusto de verle por aquí, señor mío.... dijo el uno. Y tenemos tantísimo gusto de ponernos a sus órdenes.... San Sebastián, para que me cuente entre sus amigos....— Yo soy san Pantaleón, para servirle.... añadió el otro, frotándose las manos espirituales.

—Pues yo soy el Dr. Tapia.... y es para mí un gran honor....

—Ah, Ud. es el Dr. Juanito.... el abogado.... Vaya....vaya.... Y naturalmente querrá Ud. entrar? Pues oiga Dr. Juanito, le aconsejamos que no en-

CARICATURA

SEMANARIO HUMORÍSTICO DE LA VIDA NACIONAL

Año I. Quito, Ecuador, domingo 25 de Mayo de 1919 N.º 23

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Uno de los diarios de la localidad, editorializa esta semana, en su número cuatro, sobre la trascendental importancia que tiene la fundación de una Facultad de Filosofía y Letras, en la Universidad Central. Dicho periódico no hace sino resucitar un asunto muy viejo, al rededor del cual se ha hablado mucho, se ha discutido y nada se ha hecho.

Hace falta un centro de cultura. Una Facultad de Filosofía y Letras vendría indudablemente a llenar el vacío, piensan todos. Todos están conformes. Debe llevarse a cabo lo más pronto posible. No hay ningún inconveniente. Esperemos.

Y todos se tranquilizan, este *esperemos* es el que nos salva en todas las situaciones; pero a nosotros no nos convencen las promesas, y si todos dicen: el Gobierno ha ofrecido que muy pronto se realizará la fundación de la Facultad, nosotros decimos: *eso no se realizará* ni pronto, ni lejos, ni nunca. Que el Consejo Superior ha autorizado al Ministro del ramo para que contrate en el exterior un profesor de Filosofía. Pues el señor Ministro del ramo no lo contratará. ¡Vaya usted a fiarse de autorizaciones!.....

El Consejo, el Ministro y "La Tribuna" han hablado del asunto; después de ocho días "La Tribuna", el Ministro y el Consejo se habrán olvidado por completo del asunto; puesto que lo único que hace falta es discutir, autorizar y escribir a fin de hacer vida republicana. Lo demás carece de importancia, aun cuando parezca más importante la realización de los ensueños.

"Tendremos, pues, dice el diario, en la Universidad, un foco vivo de cultura, ya que la institución a que nos referimos se propone el cultivo de las ciencias que sirven para organizar las corrientes generales y directoras del pensamiento".

Y luego añade:

"Quito podrá contar con un instituto de alta cultura en donde se haga investigación honda y desinteresada de los problemas relacionados con la filosofía y la literatura, la historia y el idioma".

En verdad que son muy bellas estas palabras, y a pesar de la seguridad con que están expresadas, nos permitimos observar al patriota editorialista que ni nosotros *tendremos* ese foco de cultura, ni *Quito podrá contar con ese instituto* sino después de cien años. Y hablar con esa anticipación sobre lo que sucederá después de tanto tiempo es tan inútil y folletinesco como el narrar la guerra infernal o sean los sucesos del año 2.000. Año en el que empieza a extinguirse la plaga de abogados y médicos novatos, tan dañinos como "La Verdad" periódico universitario que también dejará de publicarse en ese año.

tre todavía. Si gusta daremos un paseo hasta allá abajo, charlaremos y luego regresamos y entramos juntos.

—¡Encantado!! respondió el Dr. Juanito. Y pensó para sí: "Que buena suerte la mía; toparme pero en el preciso instante con dos tipazos de la Corte Celestial. Ahora me hago de confianza con éstos, me desayuno de tantas cosas que quiero averiguar, y así entraré al Cielo más animado y sereno".

—Pues salimos este momento a pasearnos por afuera, dijo San Pantaleón, porque allí dentro están haciendo una polvareda horrosa. Como por este tiempo es aquí verano se han propuesto echar abajo varios edificios nuestros para hacerlos de nuevo, con arreglo a planos modernos.

Por su puesto, previas las licitaciones respectivas, avisos en los periódicos y circulares del Ministerio de Obras Públicas Celestiales.

Pues, sí, doctor Juanito, (y perdone que le trate ya con tanta confianza), ahora están construyendo en el Cielo algo así como nueve o diez grandes edificios públicos, fuera de las casas particulares. Vamos a tener una plaza de toros nueva, dos Pasajes, un gran salón de patines, un corral para las once mil vírgenes, una casa de rastro para los mártires, un estable modelo para los santos inocentes, la Maternidad y el Hospicio. Este hospicio, como Ud. comprenderá, es de lo más necesario, porque aquí en el Cielo hay la mar de locos . . . de contento.

Y con los vientos que corren y tantas obras en construcción, ya puede imaginarse la polvareda que se habrá levantado. Hay para ahogarse...

—Ay, pero que bonito que ha de quedar todo eso cuando ya concluyan, se atrevió a insinuar el Dr. Y se acordó que hasta entonces no había preguntado por nadie, ni por los dueños... Bueno, dijo, y como está el Padre Eterno!

—Pues, de salud, regular; contestó el otro santo. Pero no puede imaginarse lo aburrido y descontento que ha pasado sobre todo los últimos meses. La Guerra de Europa le entretenía un poco, pero desde que terminó, se pasa días enteros, sentado en la butaca colorada, sin hablar palabra con nadie. Créame que hay días en que no se le oye sino las voces de mando que nos son tan conocidas: a las seis de la mañana "¡¡¡Saquen el sol!!!" y a las seis de la tarde "¡¡¡Metan el sol!!!"

En fin, está con un mal genio imposible. El doctor Juanito oía con la boca abierta . . . Claro que oía con los oídos espirituales, pero quiero decir que tenía la boca espiritual abierta... como un tonto... como una alma tonta...

(Y no se olviden mis lectores que esta era una conversación espiritual, entre seres invisibles

para los mortales, pero que se veían, se oían y se entendían entre ellos, a su manera, como son las cosas en el otro mundo).

Bueno, dice el doctor todavía un poco encojido, no hay ni que preguntar que lo pasarán ustedes muy bonito, sobre todo, los Santos . . .

Pues sabe, querido doctor . . . así, así, . . . Unos días bien y otros sin saber que hacer. En este último tiempo nos hemos dedicado con furia a los patines, y también un poco al Lawn Tennis. Las noches se pasea, se juega, se bebe . . . Y oiga, doctor, sabe Ud. patinar?

—No, no, no, señores . . . digo . . . Santos...

—Pero sabrá jugar al golf, o tennis, o foot—ball?

No, no, no, tampoco . . . (dice ya con cara de susto).

—Entonces se ha dedicado a los juegos de salón . . . Ud. sabrá ping-pong, o ajedrez, . . . o billar . . .

—Tampoco, tampoco . . .

—Y tresillo, pokar, bridge, whist . . . ?

—No, dice el pobre Juanito, casi llorando . . . Ni eso; si les aseguro que yo no sé jugar, ni beber, ni bailar, ni siquiera fumar . . .

—Pero . . . pedazo de . . . bendito . . . dice San Sebastián, cruzándose de brazos ante el asombrado y asustado doctor Juanito Tapia, diga, que se ha pasado pues haciendo Ud. en su vida . . . Y si no sabe divertirse de ninguna manera, dígame y explíqueme . . . ¿a que viene Ud. acá!!!

Lo que es aquí no necesitamos aburridos o inútiles, doctorcito. Y para pasar aburrido y sin saber que hacer, lo mismo estaba Ud. en su pueblo"...

Y como charlando y charlando, habían bajado bastante, los dos santos matones le empujaron brutalmente diciéndole: Vaya Ud. a ja . . . porra y métase en su cuerpecillo otra vez . . .

Y por esto, nuestro Dr. Juanito, que no entró al Cielo, volvió a juntar su alma de albacea al cuerpecillo salado y sandunguero, y sigue viviendo en su casa, Carrera . . . Tal, Número . . . tantos.

Pero, contentísimo de saber tantas cosas nuevas sobre espíritus, sobre astronomía y cosas del Cielo, (sobre todo la explicación del movimiento del sol), se ha propuesto dar una conferencia pública; y siempre egoísta, ha invitado solamente al Directorio del Partido Conservador, al Cura del Pueblo, al Boticario, al Veterinario, al Sacristán, y a los jóvenes de la Asociación Católica, es decir, a lo más desaseadito de la población

Jean de Tilly.



En estos días. . . .

La resurrección de Floro Flores.—Mea culpa.—Los progresos del país y la campaña médica contra las campanas.

Bien se vale un 24 de mayo, clásica fecha de nuestro nacimiento o mejor dicho, resurrección política, para anunciar la catastrófica y luminosa noticia de una resurrección: la de Floro Flores. Nadie recuerda de él Olaro, ni faltara más; pero tampoco nadie recuerda la existencia de la "Artística", y de otras sociedades obreras, y sin embargo, periódicamente, año tras año, cada día como este, dan señales de vida acordando la solemne colocación de una gran corona de flores, a los pies del monumento del héroe "sin miedo y sin tacha", que, sin hacer mal a nadie, *demora* en la plaza de Santo Domingo. Y así, como este ejemplo de resurrecciones, podría citar otros muchísimos, pasando por las periódicas de los foquitos eléctricos del parque, gracias a la fulmínea y tonante voluntad de nuestro Padre Eterno (léase Jefe Político Eterno) que se realizan en esta misma fecha, o cuando viene Sir de Bunsen. . . .

Bien, pues, Floro Flores, existe. En su vida anterior, que ya nadie recuerda, fue un *chroniqueur de au jour le jour*, que decía simplezas incoloras, inodoras e insípidas, desde las columnas prestigiosas de "El Día", en donde encontró benevóla acogida para sus desahogos; *de repente* murió. (Hasta aquí mi relato parece un folletín trágico y maravilloso). Y su muerte, como las planchas del diputado Bayas, como el rectorado del doctor Carrera, o como la gloria musical del señor Salgado, fue inmediatamente olvidado por todos; muy mercedamente, por supuesto. Ni una lágrima, ni un acuerdo de condolencia de la Academia de Abogados, ni nada. . . .

Y, así como su muerte prematura, tampoco el anuncio de su resurrección tendrá importancia; mas, en gracia de la verdad pura, de la cual el pobre F. F., fue denodado defensor en este mundo, es necesario anunciarla: ¡señores, Floro Flores existe, no ha dejado de existir jamás! . . . Y, como siempre, muy listo a besar las manecitas ducal de sus lindas lectoras, y a servir a ustedes, lectores, sus amigos.

Metido, a ratos, a poeta (caminito de flores por el que no lo llamó Dios a su gloria, felizmente), a ratos, a estudioso, con muy escaso fruto, y otros, los más, a enamorado; ha dejado abandonada la pluma de cronista, que hoy vuelve a empuñar, y piensa blandir bizarramente, desde las páginas de este requetesimpatiquísimo semanario, gracias a la galante invitación del grupo de muchachos de *bon humour*, que lo hacen y redactan.

Ojalá, junto a la página de arte brillante o finamente humorista, junto a la crónica sutil, alada y fina, o al madrigal galante y armonioso, encuentre el hablar intrascendente de Floro Flores, una amable sonrisa acogedora. Y perdón

••

Floro Flores, en su largo mutismo, ha ido de asombro en asombro, de sorpresa en sorpresa. El progreso nacional, se ha dicho para sí, es un

hecho innegable. Todo avanza, y desde el aumento inmoderado del nebuloso gremio de escritores y poetas, (traslado al comisario Batallas, para su legal y conveniente organización), hasta la huelga pacífica de los preceptores, todo, todo anuncia que las corrientes del pensamiento y de la acción modernos, empiezan ya a entrarse por nuestras puertas. ¡Paso libre al Progreso! . . . Pero, a no dudarlo lo que más se ha distinguido por su afán benéfico de perfección, es la labor sistemática de los galenos, con sus variadísimas campañas en pro de la salud pública. Desde la antitífica, la antidiférica, etc., hasta, ¡estupendo y abracadabrante! hasta la *anticampánica*. Y no es broma, señor, es la verdad más neta. Los médicos de Quito, organizaron una campaña fortísima, contra las bullangueras campanas de los templos, que, según ellos, son la causa de nuestra neurastenia, de nuestra abulia, de nuestra incapacidad para todo.

El primer reparo que se me ocurre oponer a este meritísimo empeño, es el de que, triunfando restará un recurso vastísimo a la moderna lírica nacional. Porque los vates de *aux jours d'hui*, comprendiendo que la luna no ha hecho nunca el menor caso a sus predecesores *citaredas*, y que a ellos mismos les ha seguido enseñando su eterna *mueca fantasmal e imposable, cruel y despectiva*, han resuelto bajar un poco la puntería de sus tiros, y se han quedado suspendidos de los campanarios. . . .

Las campanas, señor! *De l'Angelus de l'Aube a l'Angelus du soir*, y viceversa, ese constante martilleo ciclópeo en nuestros pobres oídos, es para producir el delirio. Ciertamente que la campana discreta, monorítmica y lenta que anuncia la oración en la vecina iglesia, y que es muchas veces la anunciadora de la cita mística con la novia iglesiera, nos place y nos encanta; cierto que los toques del ángelus, pausados y solemnes, matinales o vespérales, son invitadores a los éxtasis elevadores y puros; pero, señor ese voltear sempiterno y terrible, combinado, diabólico, de todas las campanas de una torre, llamando a la misa, con su són penetrante, destructor de tímpanos, es cosa que despecha. Sin entender de psiquiatría ni de proflaxia, sin saber que el desesperante gritar de las campanas es un neurocída o un apto trasmisor de bacilos, o lo que fueren los fundamentos médicos, lo cierto es que estamos de parte de nuestros Hipócrates, en esto de la lucha mortal a las campanas, porque, (F. F. vive, y al servicio de Uds. cerca de la Merced, y está atacado de agudísima campanofobia), es la verdad que ese repiqueteo constante, inmisericorde, enemigo de la piedad, atrofia la actividad clara del cerebro, atonta, desequilibra, aturde. . . . (Ya no más sueñan las campanas, y se funde el articulejo este).

Pero, más que todo, el campaneo fatídico, el terrible, el anticonstitucional, por enemigo de todas las garantías individuales y políticas, es

Pasa a la página 11.



La tarde era jazmines
 O un sueño de begonia,
 Y evocaba los jardines
 Colgantes de Babilonia. . . .
 La campana dolora
 Que esparce golondrinas,
 Borró esa soñadora
 Visión de bailarinas.
 La iglesia rusticana
 Tenía el aire denso;
 Y una dulzura arcana
 Las hijas del incienso.
 Y niños de un cuento de Perrault, allí
 Cantaban la gracia de la *Mère Marie*
 Florecía en rosas su canto infantil,
 Uniendo al melodio su salmo de Abril,
 Y esperé la salida, soñando en un rondel
 Qué dar a los cabellos que son color de miel;
 Pensando en la añoranza que hizo probar el kief
 A la muñeca bionda Marie Bashkirtseff.
 Pasaba la Fortuna
 Con sus floridas huellas,
 Seguida de Pierrot,
 Y se bañó de Luna
 Y lágrimas de estrellas
 La iglesia de Corot.

Humberto Fierro.

NUESTROS POETAS

OBSESION

Es una herida vieja,
que reviste mil formas diferentes
y que siempre me deja
rechinando los dientes.

Yo quise libertarme
de este peso de angustia ponderosa
y, libre, levantarme
en alas de una vida más hermosa,
de un anhelo más puro,
de alguna sensación nunca soñada,
de un amor más seguro
que tu mísero amor. . . .

Oh! mi adorada,
qué mal hago en querer gozar la vida
saliendo de tu amparo,
buscando de tí lejos una egida,
lejos de tí un alborar más claro.

Eres único asilo
donde pudiera reposar tranquilo
mi corazón que por tu amor delira;
donde pudiera resonar mi lira
con suavísimo acento
fácilmente acordado,

y florecer la flor del sentimiento
bajo el rocío de tu amor soñado.

Perdóname; deliro.
Cuando al oriente miro
al despuntar la aurora,
mágica luz colora
el ámbito celeste con su alburá;
pero, al tiempo, renace la amargura
de tu encanto perdido
y, por dar al olvido
tu imagen adorada,
la atmósfera quisiera ver oscura
oh, mujer en mis sueños endiosada,
y que nada en el mundo me recuerde
tu cariño. . . .

Ya ves cómo se pierde
hasta el instinto de la luz en mi alma,
no quiero la ventura,
rechazo hasta la idea de la calma,
adoro mi implacable desventura;
porque sin tí nada concibo bueno,
ni un ambiente fragante,
ni un alborar sereno.

Francisco Bustamante P.

1917.

Intimamente

Cubre tus ojeras lilas,
cierra tu boca escarlata;
me está matando de celos
esa luz que de los cielos
viene a besar tus pupilas
con largos besos de plata.

Suene tu voz cristalina;
habla, besa, ríe o canta:
tengo sed de la divina
música de tu garganta.

Deja ya tu amor divino,
olvida un poco tus rezos
y junto al copón del vino
tu rojo copón de besos.

Sorbe el champagne de alma loca,
besa su espuma ligera

mientras yo beso en tu boca
tu amor y tu primavera.

Tumba de todas tus penas
será el licor ambarino:
deja cantar en tus venas
su alegre canción al vino.

Dulce boca, rojo estuche,
suene tu voz cristalina
para que mi amor te escuche;
habla, besa, ríe o canta:
¡tengo sed de la divina
música de tu garganta!

E Proaño D.

Mayo de 1919.

Viene de la página 8.

que de las ocho y media de la mañana, a cuyo son, las viejas beatas—tal cual las muchachas bonitas—se arrodillan en la calle, a los pies del transeúnte pacífico, que no ha dado motivo para semejante adoración; y los hombres se descubren, tengan o no resfriado, llueva o no. Eso es terrible; señor, es peligroso. Un reciente ejemplo *cerámico*, puso pavora en nuestras almas. . . .

Señores: hay que asociarse con toda el alma, a la campaña *anticampánica*, especialmente para combatir el mal en las manifestaciones espanto-

sas que acabo de anotar, y en la aterradorante y lúgubre de las campanas plañideras que les hablan a los vivos—de los muertos. . . .

Pero dejemos la dulzura evocadora y ternísima de las campanas de ángelus, que traen al espíritu un suave soplo místico, y que invitan a recordar, que invitan a soñar. . . .

(Firmo el artículo, y huyo; ya suenan las campanas).

Floro FLORES.

Pequeños Dramas Provinciales

SEÑORITAS MAYORES

Voy a ver a Marta y la encuentro cambiada. Sus ojos brillan, su pecho se levanta largamente, y he aquí que mientras habla, lanza inquietas miradas a la ventana.

También yo miro; y en la otra parte de la calle, apoyado en el balcón de los contribuyentes, veo al subprefecto, rubio y sanguíneo mocetón, que respira desesperadamente hacia las ventanas de Marta, y ante la idea de un posible terrón de azúcar, muestra ojos bonachones de perro fiel.

Nada me gustan esas interminables confianzas que las muchachas jóvenes sólo reservan a los tántalos con canas, y, prudentemente, vuelvo la cabeza.

Más ya es demasiado tarde: Marta baja los ojos y murmura:

—Ya que me obliga Ud., antiguo amigo mío, a que diga todo, ¡pues bien! sí, es verdad. . . .

Y añade ruborizándose:

—Cada día me escribe cartas a escondidas. . . .

Por cortesía preguntó:

—¿Hace ya mucho tiempo, Marta?

—¡Oh! no—me contesta—no me ha hablado más que una sola vez, en el baile de la subprefectura; pero ¡si Ud. supiera cuánto me ama!

Tan llena está de polvo la diosa Razón, y tan rodeada de cepos para lobos, que renunció a ir a buscarla.

En el mismo tono con que uno se informa del estado de un Banco del que acaba de retirar los fondos, me confundo en inútiles parabienes; y en el estilo habitual de los discursos municipales, expreso mis votos por la felicidad de Marta.

En fin, dándome cuenta de que estoy demás, me voy.

Algunos días después encuentro a Marta en una librería; acaba de comprar dos tomos de Ohnet y parece muy triste.

—¿Está sufriendo horriblemente!—me dice.—

Después de una desgarradora carta de despedida, ha cesado de escribirme y no se atreve ni aún a levantar los ojos hacia mis ventanas; a veces me enfurezco contra mí misma por haber sido tan cruel, mas sin embargo, a riesgo de comprometerme no puedo obrar de otro modo. ¡Si Ud. supiera qué cambio ha operado en él el sufrimiento, en él, antes tan alegre! ¡Con una larga barba negra que se ha dejado, sus pálidas y enflaquecidas mejillas, a duras penas podría Ud. reconocerlo al pobre mozo!

∴

Ayer, Marta vino a mi casa como loca, con la faz descompuesta, sollozando, desesperada.

—¡Es horrible díjome,— ¡lo que pasa! . . . ¡Oh, esta vez no se ría Ud! . . . ¡Tienen razón los novelistas! ¡Nunca lo hubiera creído posible!

Inquieto la interrogo, insisto para que todo me lo confíe.

—¡He aquí,—me dice—a lo que puede conducir la coquetería! Durante todo el día de ayer se me antojó, por puro capricho, no dejarme ver; entonces, vea Ud. lo que son las cosas, entonces sin duda me creyó muerta, y, esta mañana, al asomarme a la ventana, miro: ¡ah, es horrible! Sus cabellos han encanecido en una noche!

La consuelo, la reconforto, le digo cuán estimable ha de ser para ella esta prueba de amor, y, no obstante su dolor, la veo tan orgullosa de este amor sobrehumano, tan dichosa, al fin y al cabo, por haberlo inspirado, que me callo.

No le diré que, desde hace un año en nuestro pueblecillo, reemplazan al subprefecto cada mes.

G. de Pawlowski.



Lola PALACIOS

ELOGIO

Esta era una princesa, (como en aquellos cuentos ingenuos que evocan risueñas épocas pretéritas) una princesa de ensoñación modelada de pálida luz de alba tamizada al través de cortinas de encaje; y no hemos podido averiguar si ella fue hecha a imitación de los cisnes o si los cisnes fueron hechos a imagen y semejanza de ella, pero nos la figuramos habitando en la fragilidad de un palacio de cristal, rodeado de florecidas alamedas donde en magnífica orquesta los ruiseñores desgranen trinos plagiados de sus risas.

El oro diluído del cabello sirve de marco a la delicada belleza del rostro donde brillan acariciadoras las pupilas y triunfan los finísimos pétalos de los labios que dejan entrever, en un gracioso mohín, la fastuosa pedrería de los dientes.

Una princesa sin el milyunanochesco cortejo de esclavos etíopes y sin la no menos obligada compañía de largos y delgados lebreles que estilizan sus siluetas sobre los desdibujados halcones, los fantásticos corceles y los borrosos jabalíes de los tapices antiguos.

Hay en su rostro fino y delicado, en la adorable sonrisa que inician sus labios y en toda su silueta elegante y gentil, cierto inconfundible sello de sangrezuladas grandezas y cierto preclaro timbre de rancias aristocracias.

Y no hablemos de su alma, de su alma sencillamente encantadora, encantadoramente loca e ingenua, porque es tal el perfume de seducción que emana en sí que entran unos deseos irresistibles de comérsela como un bombón.

Y esta princesa que llamaremos Blancanieve, Eulalia o Rosalinda, deslíe su vida entre muñecas y juguetes, esperando a orillas del Lago Azul del Ensueño, la llegada del quimérico barco donde debe venir algún fantástico caballero Lohengrin.

El Círculo de la Muerte

CUENTO YANQUE

Harry Black es riquísimo. Su cuñado es millonario y le dispensa una gran protección. Harry gasta el dinero de una manera alarmante. Una tarde en Harford City remató en diez mil dólares el archivo de cartas de una bailarina; y durante el tiempo que tiene convidados en su casa hace echar perfumes en las fuentes del jardín.

—Pero Harry, amigo mío, usted va a concluir pronto con su fortuna, le reprochaba yo.

—La fortuna de mi cuñado es eterna. Descuide usted. No se concluirá nunca. . . .

—Cómo ¡Es socio de la Niagara Electric. Su patrimonio corre a cargo del Estado? . . .

—Pero usted no sabe cómo se hizo millonario mi cuñado Richard? . . . Espere. . . .

Hizo que el ayuntamiento pusiese en el "automático" una goma de The Merry Widow y empezó de esta manera:

—Los negocios del señor Kearchy marchaban mal. Kearchy, un hombre ingeniosísimo era ante todo un yanque. Acostumbrado a ver el mundo desde los edificios de cuarenta pisos de nuestro país, buscaba por encima de todo la resolución del problema de su redención pecuniaria. . . . A un sudamericano—y perdone usted mi franqueza que es pecado de raza—se le habría ocurrido pedir un ministerio o un puesto en Europa. Una tarde, después de tomar un schop en un bier saloon de la Quinta avenida, concibió una idea y se dirigió presuroso con ella donde Kracson, antiguo y sincero amigo suyo que había llegado a poseer cerca de cien mil dólares en una negociación de cueros con la sucursal en Boston y casa central en Wall Street.

El ayuntamiento dejó instalado a Kearchy en una antesala correctísima. A poco apareció Kracson con su calva augusta y sus labios depilados. Kearchy principió bravamente. Le recordó su vida pasada, una sucesión de triunfos y de fracasos. Le dijo cómo había llegado a poseer tierras y estadios en Coney Island, cómo aquellos valores llegaron a hacerle millonario y cómo últimamente la quiebra fraudulenta de su administrador lo había reducido a la miseria.

Kracson creyó a su amigo, y como lo era de verdad, terminó ofreciéndole un puesto en Boston.

—Cómo! ¿Un puesto en Boston? . . . ¿Y mis sueños de grandeza? . . . ¿Y mis expectativas para lo porvenir? . . . Mira, Kracson: en enero de 1906 era yo segundo corredor de Barclay Brothers. En julio del mismo año hice un balance total al asegurar mi vida. Hoy es doce de agosto de 1906, tengo 34 años y he aquí el presupuesto de lo que debo ser en la vida hasta los setenta.

Y alargó a Kracson un pliego tintado en rojo y negro como una factura comercial. Kracson con la mayor naturalidad del mundo leyó:

Alex Kearchy, a su firma: Debe

1905. . . . Enero 15. . . . Segundo corredor de
Barclay Brothers
Seis dólares semanales y gratificación.
1905. . . . Julio 18. . . . Primer jefe de la sección
de importación. . . Veinte
dólares semanales.
1906. . . . Agosto 12
1906. . . . Contratista como empresario del Niagara.

Y seguía una larga lista de puestos ascendentes que concluían en 1942 con los puestos inclusivos de Secretario de Estado y de contratista de empréstitos a varios países sudamericanos.

—Pero en 1906, agosto doce, hay una partida en falso. . . .

—He venido a llenarla precisamente, respondió Kearchy. . . .

—Pero esa debe ser una partida monumental. . . Y yo. . . .

—No te mortifiques. Lo he provisto todo. Aquí está la garantía para la partida, dijo Kearchy. . . .

Y sacó un segundo pliego que Kracson leyó ávidamente. Decía:

ALEX KEARCHY SE COMPROMETE A ASOCIAR A JOHAN KRACSON EN UNA EMPRESA HUMANITARIA QUE PRODUCE DINERO ETERNAMENTE. LA EMPRESA DEBE EXPLOTAR UN ESPECTÁCULO EN EL CUAL MUERA UN HOMBRE DIARIAMENTE.

—¿Y a eso llamas empresa humanitaria, Kearchy? . . . Yo no puedo entrar en ese negocio. Mi conciencia, mis costumbres. . . . Yo soy hijo de gentes de buen natural. . . . Yo creo en Dios. Y no puedo aceptar tu propuesta. . . .

Y se salía de la habitación. Kearchy se vió obligado a tomarlo del brazo:

—Kracson, le dijo. Escucha. Tengo el secreto de nuestra verdadera fortuna. Vamos a realizar un espectáculo en el cual muere a la vista del público diariamente un hombre. Va a ser un espectáculo que reunirá en un círculo más espectadores que los que hubo en los circos romanos de Claudio y de Calígula. Nuestras posiciones de Coney Island serían estrechas para cobijar al público. Naturalmente cada uno de los asociados de la Unión paga para ver el espectáculo. Y nosotros somos los únicos dueños del negocio.

—Pero ese espectáculo no puede realizarse. ¿Quién se dejaría matar? . . . ¿Es que piensas hacer hombres artificiales? . . .

—Se dejarán matar voluntariamente. Además, en cuanto a tu conciencia, no te importunará nunca y

yo estoy seguro que cuando, por las noches, te cabeza descansa en la almohada, lejos de desfilarse sombras acusadoras por tu mente, sentirás el baño fresco y la caricia inefable del deber cumplido. Es una obra altruista, sí. A Washington se le habría ocurrido...

—Altruista con un hombre muerto cada día! . . . Yo no te comprendo. . . .

—Te diré. Tendremos el aplauso del público y de las instituciones de beneficencia. Los diarios aplaudirán entusiasmados nuestra obra. Y quién sabe si cuando pasen los años nuestros cuerpos enlazados en el bronce de la fama se exhibirán en una plaza de la City Seremos dueños de una fortuna inmensa. He calculado los entradas diarias: palcos, galerías, butacas, sillones de orquesta y bastidores, para las señoras en cuenta que no podrían ir a la vista del público sin accidentarse. Seis mil dólares de entrada bruta la primera tarde. Diez mil la segunda, y así sucesivamente. De esta manera yo llenaré la partida de hoy y podré seguir cubriendo mi presupuesto hasta mil novecientos cuarentidos. . . .

—¡Ja! ¡ja! . . . Pero falta lo principal, dijo Kracson. ¿Quién se dejará matar?

—¿Eh?

Y Kearchy alargó un tercer pliego que decía:

U. S. A. Estado de New York.	
Municipio. Sección de Estadística	
Promedio diario de suicidios:	
Por amor	3
Por falta de recursos	5
Por robo	1
Por causas desconocidas . . .	2

Total

10

—Y qué? dijo Kracson;

—Que si publicamos este aviso en el New York Herald:

«LAS PERSONAS QUE QUIERAN SUICIDARSE PASEN ANTES POR LA AGENCIA KRACSON KEARCHY, C^o. DONDE RECIBIRÁN DIEZ MIL DOLARES, AVENIDA FRANKLIN 34. PISO 27 L».

si publicamos este aviso los suicidas acudirán y entonces he aquí el negocio: implantamos un looping the loop en automóvil, llevando el operador; el suicida, ligadas las manos y cubierto el rostro. El punto de lanzamiento está a ochenta metros de altura, la muerte es rá ida y tranquila. De esta sencilla manera el público aplaudirá delirante y el suicida que poco antes sólo iba a dejar a su familia un poco de lágrimas, dejará para ella, o para quien designe, los diez mil dólares de premio. Los domingos daremos funciones extraordinarias en las que deben morir los excéntricos; los grandes banqueros arruinados o en fin aquellas personas que por su talento y virtudes merezcan este señalado honor y sean dignos de llamar la atención pública.

—Admirable, Alex!

Y Kracson llenó con su puño las partidas en blanco desde el seis de agosto hasta los setenta años, es decir, desde 1906 hasta 1942.

II

—Edad! . . .

—38 años.

—Profesión! . . .

—Ebanista.

—Está resuelto firmemente a matarse? . . .

—Sí señor.

—Deja parientes!

—Siets pequeños, mi señora y dos sobrinas. Además mi cuñada y su marido. Yo no tengo un centimo. Si viviera más tendría que robar y me llevarían a la cárcel.

—Corriente. ¿A quién debemos entregar los diez mil dólares! . . .

A mi mujer. . . . ¿Y si sobrevivo me los daréis a mí!

—Sí. Con un descuento del 25 por ciento.

—A qué hora me toca!

—A las cuatro. Pase. Está listo el auto. El Circo está lleno. Feliz viaje. Y sir Kracson oprimía con una mano la diestra del obrero y con la otra presionaba un timbre. Apareció un criado que a compañía a su camarín a ese nuevo artista fugaz.

—¡El número 82!, gritó por el ventanillo Kracson.

En el salón de espera había diez y ocho individuos. Todos esperaban el turno para cancelar el último contrato. Había jóvenes de aspecto enfermizo, pálidos, de ojos azules y de cabello amarillo muriente pegado a las sienes. Morfinómanos elegantes que esperaban con los ojos velados la voz del oficinista que los llevase a otra vida tan apacible como sus ensueños. Había viejos de cara congestionada; niñas, una de quince años, de aspecto fiero, de cabello rojo y de mirada fosca. Esta se mataba por mal humor. La aburría hacer diariamente los largos viajes entre New York y Brooklin, que le producían el sustento. Además había tenido un amor cortado de improviso. A poco rato ingresó un joven elegante, ligeramente pálido y de ademanes correctísimos.

—Si no me atendéis de preferencia me estrello contra el primer camión, gritó por el ventanillo. Me toca el 94.

Se abrió la rejilla para dar paso al joven.

—Su edad! le interrogó Kracson.

—26 años.

—Estado?

—Soltero.

—¿Tiene Ud. el firme propósito de matarse!

—Como q' si se demora usted mucho lo reviento. Ud sabe de lo que es capaz un hombre que va a morir dentro de media hora! . . . Estoy arruinado. Mis últimos billetes los cambié en Montecarlo. Vengo hastiado y siento tedio de vivir. No tomo a nada ni a nadie. Me siento desvinculado de la sociedad. Desde ahora declaro que no tengo nada que hacer con las leyes de mi país. Soy libre! Perfectamente libre! Yo puedo hacer ahora lo que me plazca. Nada se opondrá a mi deseo. Voy a morir dentro de media hora. ¿Qué no puedo hacer? . . . Este era el último placer que quería experimentar. Ser libre. Ya lo soy. ¡Mátame! . . . Me debía a mí novia pero como no tengo fortuna para casarme con ella, me mato y le dejo el dinero como indemnización. . . . Cancelemos pues!

Kracson extendió el contrato.

III

La avenida de álamos de Garden Park era estrecha para contener el número de personas que acudían a la representación del *Círculo de la Muerte*. Los autos, los motos, los ómnibus, carruajes particulares, limusinas, se disputaban el lugar para llegar al circo.

Las funciones anteriores habían producido una entrada bruta de 40 mil pesos oro. Ocho mil ha-

blan servido para las indemnizaciones y el resto era entrada líquida para los señores Kracson y Kearchy.

—¿Quién sube hoy?, inquirió una señora de impertinente a un joven de amplio vestido gris.

—Es Richard Tennyson.

—Su cuñado? . . . le interrumpió a Harry.

—Sí, el esposo legal de mi hermana Eva.

Y continuó:

—Es un joven distinguidísimo—decla la señora del impertinente—Tiene esperanzas de vencer y parece que morirá como sus antecesores. . . .

—No, interrumpió un señor burgués. El joven de hoy es un excentrico: desea morir. . . .

Un grupo salió de una de las puertas del circo y se dirigió al centro. En medio de él iba el chauffeur del automóvil de la muerte: mi cuñado Richard Tennyson.

Sonaron los anuncios. La gente se instaló. Los tablados rebosantes tenían el aspecto móril y polícromo de un cinema en colores. El blanco de los cuellos, las pecheras y los sombreros de paja daban al conjunto un ambiente de frágil movilidad. Un murmullo de admiración hizo converger todas las miradas en la portezuela por donde salía el artista. Vestía un correcto y cerrado gabán de pieles, gorra de nutria y lentes de automovilista. Tenía un marcado aire de distinción. El 40 H. P. lo esperaba elevado ya, en el lugar del lanzamiento, que era de diez y ocho metros teniendo la altura máxima ciento veinte. Se dá la última señal. El artista va a lanzarse. Todos observan sus menores movimientos, con esa curiosidad que inspiran los que van a morir. Un silencio absoluto domina el circo.

Por fin! . . . El automóvil se lanza al abismo. Da las dos vueltas obligadas y cuando un desvío de la línea debía ocasionar la caída, una casual inclinación del cuerpo salva al chauffeur y este, ligado los brazos y vendados los ojos, llega al final de la carrera entre los delirantes aplausos de la multitud.

Le desligan y le hacen pasear el circo entre vitores y aplausos. Una lluvia de sombreros y de monedas no le dejan avanzar.

—Salve, Salve! . . .

La granjería neoyorquina, pelirroja y musculosa, lo lleva en hombros y a su paso las mujeres sonrían y los hombres envidian. Por primera vez Kracson y Kearchy pagaron personalmente el precio de una vida, en pesos oro.

IV

A los tres días el primer solicitante que llegó a las oficinas de Kracson & Kearchy fué Richard Tennyson.

—Usted otra vez! . . . le preguntó espantado Kracson.

—Sí señor. Quiero matarme.

—No es posible. Ud. concluirá por echarnos a perder el negocio. Es necesario morir y usted no morirá seguramente. Usted ha cojido el secreto. Ud. les quita el sitio a tantos infelices. Ud. no les deja morir. . . .

—Sí señor. Me mato. Y si no me aceptan me arrojé contra el primer camión de carga. Ud. sa-

be de lo que es capaz un hombre que va a morir dentro de media hora! . . . Estoy arruinado. Los últimos billetes. . . .

—Basta, sí. Los cambió Ud. en Montecarlo. Ud. es libre, no tiene compromisos. . . . etc. . . Pero no le matamos a usted! . . .

—Estáis obligado a matarme.

—Pues no le matamos, dear!

—Esto es un fraude!

Mi cuñado salió desilusionado. Creía haber encontrado una renta fabulosa y Kracson & Kearchy se lo impedían. A fuerza de dar vueltas al asunto monumental de Kracson & Kearchy, Tennyson se dió cuenta de que el original invento no tenía la exclusiva. Con la mayor discreción se echó a buscarla para sí y un buen día se consiguió en las oficinas del Estado la exclusiva del Circulo de la Muerte, haciendo pequeñas concesiones al Estado. La exclusiva estaba a su nombre y nadie más que él podía explotar el negocio.

El porvenir de Kracson & Kearchy empezó a nublar. Le mandaron decir a mi cuñado que lo recibirían en el círculo de la muerte, que lo harían el favor de matarlo. Pero ya era tarde. El Circulo de la Muerte dió sus últimas funciones. Y a los cinco días justos empezó a funcionar el de mi cuñado. A las bodas de oro, es decir al morir el quinquagésimo individuo se casó Richard con mi hermana Eva. Hoy es millonario. Tiene una fortuna fabulosa. Usted sabe que hace cinco años que existe el Circulo de la Muerte y que el Estado lo protege como una institución humanitaria. Mi cuñado es socio de inmigración, agregado a la empresa de irrigación en el Far West, socio de beneficencia, protector de varias instituciones altruistas. . . . Es un filántropo. . . .

—Y Kracson & Kearchy. . . ? . . .

—Han venido a suicidarse dos veces en la empresa de mi cuñado; pero él no los ha recibidos. Dice que le echarían a perder el negocio. La última vez que vinieron, Richard les ofreció puestos en la misma oficina del Circulo. Kracson aceptó, pero Kearchy salió irritado. Verdaderamente es un hombre ingenioso y pronto conseguirá otro negocio tan monumental como el primero. Sólo que esta vez no se les olvidará pedir la exclusiva. Mientras tanto mi cuñado seguirá enriqueciéndose hasta la consumación de los siglos. . . .

—O hasta que se acaben los suicidas. . . .

—No se acabarán nunca, porque siempre habrán enamorados tristes, aristócratas morfinómanos, banqueros arruinados, poetas neurasténicos, niñas abandonadas e individuos hambrientos. En último caso, dijo riendo Harry, allí está Kearchy como reserva. Si en vez de saltarse en el Circulo de la Muerte se estrellara, como es probable, se daría el primer caso de un yanque que fracase. . . .

Pero Kearchy salvará; es un hombre ingenioso. Ahora hace sus pascos por la Quinta Avenida. . . .

La goma se ha detenido. Las melodías de The Merry Widow han dejado de sonar en las cajas del automatic.

Abraham Valdelomar.

En elogio del Asno

Asinus asinum friolat.

Asno hermano yo te saludo!

Mamífero de abolengo ilustre; primer muerto de que hace mención la Biblia, tu eres el honor de la clase mamífera.

Eres una bandera; eres un blasón; eres un símbolo.

Envidiado y calumniado en toda época, eres un triunfador y un glorioso.

Aristóteles quiso igualarte poniéndose a gatear zurdamente ante su mujer que lo despreciaba. Desde entonces cuántos filósofos—inclusive el que vendrá contratado para la Facultad de Filosofía y Letras—caminan así por imitarte, sin llegar a la solidez de tu raciocinio ni a la perseverancia de tu meditación eterna!

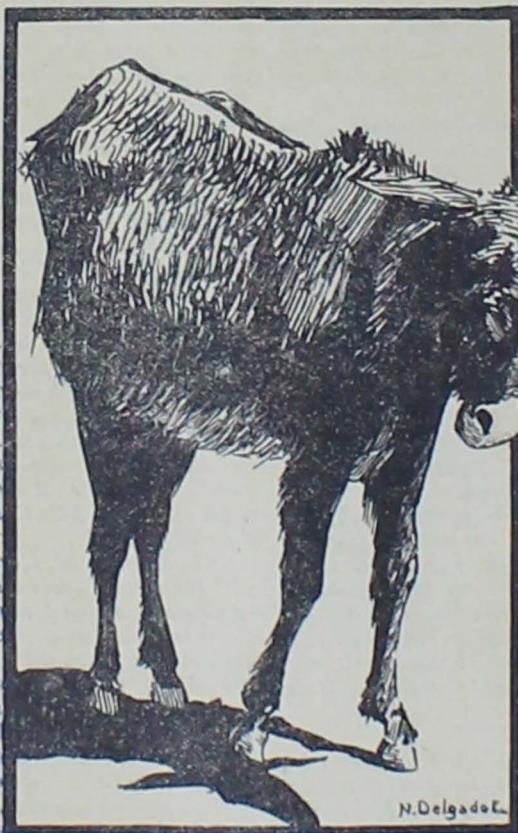
Para tí legisla Moisés en "El Exodo" y camina con la pena del talión al que dejara su cisterna abierta con grave peligro de tu salud e integridad. Desde entonces cuántos no son los legisladores que *tocados* por el ejemplo no tratan de favorecer la nuestra?

Cuando Balaam enviado por Balac rey de Moab iba preparando la pastoral con la cual pensaba reventar a los israelitas, Jehová mismo no desdenó tu boca de coral para hablar por ella y *virarlo* al profeta como a un *coco* cualquiera, con elocuente discurso y política protesta. Desde entonces cuántos no son los oradores que desde la tribuna sacra o profana, desde la catedral, la cátedra o el púlpito te invitan, protestando sin convencerte a nadie?

San José te hizo su cómplice en la huida a Egipto. Quién sabe si faltando tus servicios no quedábamos irredentos?

Tú completas la escena del pesebre y tan delicado y caballero eres que ni siquiera se te ocurre comerse la paja que abriga al Redentor del Mundo y estoicamente y pacientemente—oh burro admirable y resistente—te pasas leyendo "El Comercio" de mañana y tarde.

Para recompensar tanta abnegación el blondo



Judío te escoge y te cabalga aquel domingo glorioso en el que los apóstoles y otros esbirros plebeyos que más tarde debían renegar, abandonar o crucificar al

Maestro ponen a prueba tu modestia (— porque eres sobre todo sesudo y modesto, oh ilustrado burro —) tendiendo a tu paso capas que olían a bacalao y ramas de laurel y olivo!

Desde entonces, cuántos no son los que te escogen para cómplices como el Patriarca, para que integres una escena decorativa sin permitirte la paja como en el pesebre; o para cabalgarte en el primer día de la semana de pasión, como en Jersalem!

Tú llenas las mitologías y presides todos los ritos.

En India eres un símbolo; en Egipto una deidad y en Grecia Baco y los viejos silenos te coronan de pámpanos y te sirven hidromiel en la copa de Anacreonte.

Hombre de carácter, tú sacas la cabeza por donde la metes y nada, ni el tesón de los palanqueros se iguala a la energía indomable y potente con que sirves los reclamos de tu instinto poderoso.

Ahora, qué poeta puede igualar tu estro y tu tristeza; tu neurosis exquisita y tu lánguido refinamiento?

Cuando tus cantos se publiquen en ese libro inmortal que tienes preparado y que se llamará "mi flauta al viento" (es decir la tuya), entonces sí que exclamaremos en coro: "un *desiderio di morir si sentes*". Entonces yo el más ardiente de tus admiradores te haré una *interview* que publicará en "Caricatura", llamándote "Oriacanta", preguntándote qué hora te gusta más, cuántas matas tienes, y si te sientes novio de la luna.

Oh burro! Oh ilustrado burro! Oh gran burro!!! Desde Apuleyo a Janin, desde Esopo a Lafou-

taíne, pasando por Cervantes tú llenas, las más bellas páginas de la literatura cuando no las escribes personalmente. Ya Buridan hizo de tí el símbolo de la indecisión que luego plagian los políticos de ahora [sin saber en cual montón electoral hay más pienso.

Pronto sonará para tí la hora de la Justicia que ya llega. Tu pálida y romántica silueta ya se dibuja en mayoría en las Cámaras, en los Consejos, en los Ministerios, en los Tribunales, en las Universidades, en los Colegios, en el Foro,

en la Administración de Justicia, en las Academias, en la Milicia, en los Consulados, en los Seminarios, en los Conventos, en Helicon y en el Parnaso, en la Prensa y en las Escuelas.

Un día llegará en que tú absorberás todas las funciones del Estado y sólo ese día seremos felices porque tendremos verdadera República.

Aut asinus aut nihil

Plinio Somaro.

Señores suscriptores

Este Semanario es de una absoluta independencia, no vive del Gobierno y tiene que costear papel, litografía, imprenta y todos los gastos que demanda la publicación, por consiguiente se suplica a los señores suscriptores se sirvan abonar sus suscripciones atrasadas; de otra manera nos veremos forzados a retirarlas inmediatamente.

Administración García Moreno N.º 30.—Apartado Z

Dr. Francisco Alvarez P.

DENTISTA

Consultas de 8 a 11 a. m.
y de 1 a 5 p. m.

Carera Venezuela 51.—Teléfono 61

Federico A. Medina

ALMACEN DE SURTIDO COMPLETO

de Vinos, Licores, Conservas, Confites, Abarrotes y Ferretería.

Es ventajoso para Ud. comprar artículos en este almacén que cuenta con un gran surtido de especialidades en este ramo y que goza actualmente de una gran nombradía por su calidad y precios.

Junto a las Escribanías.—Teléfono 6-7-2.

KOLA CHAMPAN "Terán Hnos."

Kola Champán TERÁN Hnos

Kola Champán TERÁN Hnos

PRUEBE USTED

ESTA DELICIOSA

:: BEBIDA ::

Envasada en
botellas
higiénicas
de bola

KOLA CHAMPAN "Terán Hnos."



Icy--Hot



Las botellas al vacío de la mejor calidad.

Conservan el contenido,

Hirviendo, 24 horas.

Helado, 3 días.

Botellas de medio litro y un litro, de boca angosta y ancha, de varios modelos, desde

4 onces.

El mejor surtido, se encuentra siempre donde

R. Puente y Cía.

PIANOLA Se desea una *Pianola* en arriendo, en buen estado y con un repertorio de piezas escogidas. Se garantiza formalidad.

Pago buen precio.

Informes en esta Administración.

J
A
B
O
N
G
I
T
A
N
A

TELÉFONO 3 9 0

MANUEL M. ROJAS APARTADO 2 9 7

Confecciona toda clase de vestidos al gusto más exigente. Especialidad en trabajos militares.

EDUARDO RIVERA

Saluda atentamente al culto público de la Capital y tiene el honor de poner a sus órdenes su nuevo almacén de artículos para caballeros, señoras y niños, perfumería y novedades, situado en la carrera Venezuela, casa de la familia Rodríguez Arteta.

BANCO SUR-AMERICANO

Quedan abiertas las operaciones de *Depósitos, Cuentas Corrientes y Cobros* en las siguientes condiciones:

Por las cuentas corrientes abonamos el 3 por ciento anual.

DEPOSITOS:

De 15 a 90 días pagamos el 3 por ciento anual
De 90 a 180 " " 4 " " "
De 180 a 360 " " 6 " " "

DESCUENTOS: 8 por ciento.

Quito Mayo 10 de 1919.

Por el Banco Sur-Americano,

R. de Mesa.

GERENTE.

FOONOHOO



BARATO

Vinos españoles legítimos y licores extranjeros

Precios fijos.—Carrera Guayaquil, Núm. 33.—**F. E. Cabeza**